XXII

EN EL QUE DIXMER EMPIEZA Á ARREPENTIRSE DE HABER ENSEÑADO SU JUEGO

Pocos minutos después el conde y Liliana se encontraban de nuevo en la callejuela donde esperábales el coche que Téramo Girgenti regalara á la joven.

Cerró el conde la puertecilla del muro, y entregó la llave á Liliania previniéndola de que, cuando quisiera visitar aquellos lugares, no tendría más que manifestar sus deseos al cochero, que debía conservar á su servicio en la seguridad de que le sería tan fiel como lo había sido para él mismo.

Liliana escuchaba al conde sin darse exacta cuenta de lo que decía, y obedeció como una autómata al gesto de aquel, que la invitaba á subir al coche.

— ¡A casa de la señora! — ordenó Téramo. — Y no te olvides de llevar esta tarde mi loro á la calle de Ponthieu.

En la portezuela apareció la cabeza de Liliana, quien sonreía al conde.

— ¿Cómo dice usted que se llama ese hombre? — preguntó.

— Temerario.

— ¡Buen nombre para un cochero!

Dicho esto envió al anciano un beso en la punta de sus dedos.

El coche partió como una flecha.

Una vez solo el conde, dióse á andar con calma por las calles, casi desiertas, del barrio del Observatorio.

Fúnebres debían ser las ideas que se agitaban en su cerebro, por cuanto algunos transeuntes con quienes tropezó en su camino, sin tener para ellos ni una palabra de excusa, como si ni siquiera se hubiese percatado de que existían, no pudieron por menos de traducir su sorpresa en un gesto ó una exclamación de espanto. Y es que en la fisonomía del conde se reflejaba tanto odio, que los más bravos sintieron cierto temor al fijarse en ella.

Un carruaje de lujo, que parecía esperarle, se unió al conde en la esquina del boulevard Montparnasse.

— ¡Al palacio de Justicia! — dijo al cochero, acomodándose en el interior del carruaje.

Cuando pocos minutos después llegó el conde al Palacio, y después que hubo subido la escalera que conducía á las habitaciones del Procurador, sin necesidad de preguntar á nadie su camino, hubo de extrañarse no poco del insólito movimiento que observara en la galería.

Corrían los guardias como locos, interpelábanse los empleados, los leguleyos, abandonando las salas de correccional, precipitábanse, arremangadas sus togas,

hacia la escalera, y por la galería Marchande avanzaba una patrulla de guardias.

Detuvo el conde á un abogado joven que parecía muy preocupado y le preguntó qué ocurria; él lo ignoraba, y si corría era por hacer como los demás.

Por fin, un empleado le enteró de que circulaba por todo el Palacio el rumor de que en las oficinas del Procurador imperial se había cometido un nuevo asesinato.

Y el funcionario añadió :

— ¡Qué quiere usted! Desde el asunto Desjardies y el asesinato de Lamblin aquí ha perdido todo el mundo la cabeza, y los dedos se les antojan asesinos. Pero en realidad lo de hoy no tiene importancia. Parece ser que un portero de la cárcel de la Roqueta que vino llamado por el Procurador imperial, se ha sentido indispuesto...

— ¿Cómo lo sabe usted? — preguntó el conde.

— Por el doctor Sartine, el médico del Palacio, que acaba de decírmelo.

— ¡Ah! ¿El doctor Sartine ha venido ya?

— Vino, sí, señor, y se fué enseguida... para volver. Ha ido á buscar su estuche de cirujano.

Dió Téramo las gracias al empleado, y continuó su camino extrañando *in mente* que el médico del Palacio considerase necesario ir en busca de sus bisturís para asistir á un indispuesto.

No sin trabajo consiguió llegar á la puerta de las oficinas del Procurador. Una vez allí aprovechóse, para entrar, de la confusión que el acontecimiento había producido.

Hubiérase dicho que el conde buscaba á alguien á

quien no conseguía encontrar; cansado sin duda de buscar inútilmente se dirigió á un mozo de oficinas.

— ¿No está por aquí Cipriano? — le preguntó.

— No, señor; — dijo el otro bruscamente. — ¿Para qué lo quiere usted?

— Vine anoche á ver al señor Procurador, y Cipriano me dijo que no estaba, pero que seguramente hoy á las dos me recibiría; añadió que preguntase por él, por Cipriano.

— Pues no está; — dijo el mozo alejándose. Tanto peor para él.

Téramo-Girgenti pareció armarse de paciencia. Tomando una silla se sentó, y dióse á observar atentamente cuanto ocurría en torno suyo.

Cerca de la abertura de que ya hablamos en sazón oportuna discutían algunos grupos, y varios de los interlocutores hacían gestos como si mirasen una escena que el conde no acababa de comprender, por más que lo procuraba.

Ujieres y mozos, por su parte, hacían esfuerzos por rechazar la invasión de curiosos, contestando invariablemente á cuantas preguntas les eran hechas :

— No es nada, no es nada. Un hombre que se ha sentido indispuesto.

Y Téramo-Girgenti seguía preocupado por no ver á Cipriano entre los ujieres y mozos de oficina. De pronto vió cómo los grupos abrían paso, y oyó distintamente estas palabras :

— ¡Aquí está el doctor Sartine! ¡Dejen pasar al doctor!...

Con efecto : un hombre vestido de amplia levita y

llevando un estuche de cuero bajo el brazo, avanzaba precipitadamente. En su semblante reflejábase la ansiedad. Téramo-Girgenti pensó que la cara de aquel hombre no era precisamente la de un médico que se dirige á prestar auxilio á una persona que sólo se encuentra indispuesta.

Pasó el doctor, atropellando á todo el mundo, y entró por la secretaría, en el despacho del Procurador.

Tras él cerróse la puerta, que quedó custodiada por un guardia.

Entonces Téramo pudo oir cómo el mozo á quien antes se dirigiera pronunciaba detrás de él algunas frases que hubieron de parecerle chocantes. Decía, dirigiéndose á un ujier :

— Tres veces ha preguntado el Procurador por Cipriano. ¿Verdad que es extraño que haya desaparecido así, tan de repente?

— Sí que es raro; pero tú, ¿qué piensas de eso, vamos á ver?

— Pues lo que yo pienso es que voy á hacer lo posible por que me trasladen al servicio del Procurador general. Aquí ocurren cosas que... la verdad, no me huelen bien.

— ¡Ya, ya! Pero díme, — preguntó al ujier; — ¿habrá muerto ese pobre hombre?

— Por lo menos parecía un difunto cuando lo vi hace un momento.

Téramo-Girgenti se levantó, hizo una seña al mozo, llevólo hasta un rincón, y poniéndole un luis en la mano, le dijo :

— ¿Cree usted que en este momento no es posible anunciarme al señor Procurador?

— No me parece el momento más indicado : y crea el señor que si en mi mano estuviera...

Téramo-Girgenti puso otro luis en la mano mercenaria.

— Esperaré con paciencia, amigo mío, — añadió, — pero con una condición. La de que me cuente usted, con pelos y señales, lo que acaba de ocurrir aquí.

Dicho esto, se sentó de nuevo.

Entonces el otro, dándose importancia y en actitud misteriosa, le confió que durante casi toda la mañana el Procurador imperial había permanecido en su despacho conferenciando con el Prefecto de policía y un oficial divisionario de la Prefectura, llamado Dixmer. Que dicha conferencia había intrigado á todo el mundo, porque se ignoraba el motivo de la misma, terminada un cuarto de hora antes. Hacía en efecto ese tiempo que los tres conferenciantes habían aparecido muy acalorados en la antecámara. Mientras duraba la entrevista hubo de llegar el portero de la cárcel de la Roqueta, mandado llamar á la prefectura, donde hubieron de ordenarle que se dirigiese á las oficinas del Procurador imperial que era donde se encontraba el prefecto. Esperaba pues el hombre á que le llamasen, cuando los tres conferenciantes aparecieron en el umbral de la puerta. Viendo allí al portero, el Prefecto le dijo : « Dentro de un momento le recibiré á usted en la Prefectura » y se dispidió del Procurador, estrechándole la mano. Dixmer por su parte saludó á ambas autoridades diciéndoles : « Hasta la noche » dirigiéndose enseguida á la escalera de caracol que pone en comunicación el vestíbulo

del Procurador con el patio de la Santa Capilla. En el momento mismo en que ponía la mano en la barandilla de la escalera, el ujier Cipriano pasó bruscamente delante de él diciendo: « Voy á ver si está abierta la puerta de abajo. » Y desapareció por el boquete. Dixmer había ya puesto el pie en el primer escalón cuando el Procurador imperial le detuvo un momento para decirle en voz muy baja algo que nadie pudo oir, y durante ese tiempo, que debió durar pocos segundos, el portero de la Roqueta pasó delante de Dixmer, y viendo que éste no bajaba, bajó antes que él la escalera.

— Ahí la tiene usted, — añadió el mozo; — es ese boquete obscuro, una especie de tubo por el que un hombre algo grueso puede pasar con dificultad. Pues ahí dentro ha ocurrido la cosa. No me pregunte usted qué, porque á ciencia cierta nadie lo sabe. Lo indudable es que cuando Dixmer bajó á su vez, le oimos gritar pidiendo socorro.

Yo me precipité enseguida y ayudé como pude al señor Dixmer á sacar de ese tubo un cuerpo que obstruía el paso. Cuando lo tuvimos aquí arriba pudimos reconocer en él al portero de la Roqueta. ¿Respiraba aún? Difícil hubiera sido decirlo, porque el hombre no hacía el menor movimiento, y la palidez que cubría su cara era horrible. Me parece mucho haber oido que el señor Dixmer decía con voz alterada: « ¡Es espantoso, espantoso! » Le miré y estaba más pálido que el muerto; porque para mí el portero de la Roqueta estaba ya en el otro barrio. El Procurador y el Prefecto de policía, que aun estaban aquí al ocurrir la cosa, preguntaron ansiosamente: « ¿Qué ha ocurrido, Dixmer, qué es eso? » Y el otro les contestó: « Pues nada; que me he encontrado con este cuerpo en la escalera... » ¡Figúrese usted la escena! Nadie sabía qué hacer. Fué el Procurador quien ordenó que llevasen al herido, ó al muerto, á su despacho, y que se buscara al médico del Palacio. Y eso es todo. Ahora sabe usted tanto como yo, caballero. Hay quien dice que ese pobre hombre ha caído víctima de un ataque. Bueno, pero *¿de un ataque de qué?* — añadió el mozo entornando los ojos. — A mí lo que me extraña es que nadie haya visto á Cipriano á partir de ese momento. Y para mí que no le vemos más. Después de todo no se perderá gran cosa; aquí nadie le conocía, ni supimos nunca quién lo había colocado. En fin, basta de charla; hay momentos en que lo más acertado es callar.

Mientras que el conde se informaba en el vestíbulo de lo ocurrido, el doctor Sartine penetró en el despacho del Procurador, encontrando el cuerpo del portero tendido en el diván de cuero, en la misma posición en que lo dejara poco antes. El Procurador hallábase sentado ante su mesa y parecía reflexionar profundamente; Dixmer recorría á grandes pasos la habitación, y el Prefecto, con las manos en los bolsillos, apoyaba la frente en los cristales de uno de los balcones recayentes al bulevar del Palacio.

Cuando entró el médico, el Procurador levantó la cabeza.

— Doctor, — dijó fríamente Sinnamari, — estamos ya informados; es una bala lo que ha matado á este hombre.

— ¿Está usted seguro de que es una bala? — pre-

guntó el médico inclinándose hacia el cadáver, cuyo pecho aparecía desnudo. — Yo no creo que una herida tan pequeña como ésta... Además, nadie ha oído nada, ninguna detonación... ¡Pero cuidado si es pequeña la herida! Parace hecha con un alfiler.

— Esa herida, doctor, ha sido hecha con una pistola de niño, un juguete, que según parece hace menos ruido al disparar que un arma de tiro de feria. Repito que estamos informados... Por lo demás, habrá que proceder cuanto antes á la autopsia; pero, eso sí, en el mayor misterio. Es de todo punto necesario que por lo menos durante algún tiempo, se siga creyendo en la posibilidad de un ataque fulminante, de la ruptura de un aneurisma, en fin, lo que á usted le parezca más explicable. La herida casi invisible y el derrame interno, hacen verosímiles todas las hipótesis... Conque cuento con usted, doctor; es decir, la Justicia cuenta con usted... Gracias... Ahora vamos á dejarle. Su trabajo está casi terminado, pero el nuestro no ha empezado todavía.

Así diciendo, Sinnamari pasó al despacho de su substituto, desocupado entonces, seguido del Prefecto y de Dixmer.

Apenas cerrada tras ellos la puerta, Dixmer, cuya agitación iba en aumento, exclamó con amargura.

— Repito lo dicho; se han equivocado. El que debía morir soy yo. Yo era el condenado, y no ese infeliz. Ustedes no saben lo que es esa gente, cuán grande es su poder. Aquí mismo hemos hablado, con todas las puertas abiertas, sin ver absolutamente á nadie, y sin embargo han sabido mi traición; ¿cómo? ¿por quién? No lo sé. Como tampoco sé en virtud de qué

milagro estoy aún vivo. Acababa de poner el pie en la escalera cuando ese desdichado tomó mi vez para hacerse matar en mi lugar...

— ¿Por quién?

— ¿Por quién quiere usted que sea sino por ese Cipriano que bajaba delante de nosotros, que me creyó sin duda detrás de él, y que se revolvió hundiendo su juguete en el pecho del otro?... Juguete terrible; esos hombres no están armados como todo el mundo. Ahora Cipriano sabe que yo les he traicionado, y estoy perdido, irremisiblemente perdido! — gimió Dixmer, dando vueltas por el despacho, como una fiera acorralada. — Pero ¿por dónde?... ¿Cómo han podido oir?... ¡Pero qué, si lo saben todo!... Y yo he sido un imbécil, sí, señor, un imbécil... Comparados con esas gentes, ustedes no son más que niños de teta, que no han de salvarme... ¡Estoy perdido, perdido!

Sinnamari creyó prudente interrumpir por un momento la desesperación de Dixmer:

— Pero en fin, — dijo con cierta impaciencia, — aun suponiendo que Cipriano haya sido colocado como espía por R. C. á la puerta de mi despacho, sería preciso admitir que al mismo tiempo era su ejecutor de altas obras, puesto que no ha vacilado un segundo en asesinar á un hombre que traiciona á su señor.

— ¡Él y todos, señor Procurador! Todos son sus ejecutores de altas y bajas obras, y de cuanto le viene en gana ordenar. Sí, señor; cuenta con hombres dispuestos á matar y á hacerse matar por él. ¿De dónde los ha sacado? ¿Qué servicio ha podido hacerles? ¿Con qué fortunas colosales les paga? ¿A qué grati-

tud obedecen todos? Nadie lo sabe. Por mi parte conozco tres que se dejarían hacer pedazos por él; pero hay más, muchos más, otros á quienes no conoceremos nunca, porque después de todo yo no sé apenas nada. Sólo me han dejado penetrar de su secreto aquello que puede favorecerles. Ese camino por el cual bajo desde hace un mes á las Catacumbas, á algunas de sus Catacumbas, porque no vayan ustedes á creer que sólo tienen una guarida, ese camino está perdido para mí, para nosotros, puesto que saben que les he traicionado... ¡Bien me vigilaban los malditos! Su policía es de primer orden, y se vigilan los unos á los otros, como los miembros de la Compañía de Jesús. Cada uno de ellos tiene su sombra que le sigue paso á paso, una oreja que le escucha cuando se cree en el desierto, y una mano vengadora que le hiere cuando se juzga al abrigo de todo peligro por hallarse en el despacho del Procurador imperial... Óiganme ustedes bien; tengan cuidado, tomen sus precauciones, porque ese hombre lo puede todo contra ustedes, y ustedes no pueden nada contra él. No, nada, porque aun cuando estará en todas partes, ustedes no lo encontrarán en ninguna.

— ¿Cómo no? Usted nos ha dicho que le ha visto; yo le he visto también... De modo que podemos verle, tocarle y reconocerle.

— ¡Reconocerle! Posible es que le estreche usted la mano diez veces al día, creyéndole uno de sus amigos, ó un amigo de alguno de sus amigos. Ese hombre tiene veinte caras; sus más fieles lugartenientes no conocen más que una de ellas, y tiene

usted la pretensión de poder reconocerle... ¡Qué disparate! Créanme ustedes; antes de formar en las filas de ese hombre he tenido ocasión de cerciorarme de cuán grande es su poder.

— Y para decidirle á usted á que fomara en sus filas, ¿qué es lo que le prometió ese hombre? — preguntó el Prefecto de policía.

— El puesto de usted. Me prometió hacerme nombrar Prefecto; — contestó Dixmer, añadiendo con ingenuidad:

— Y crea usted que lo habría hecho, señor Prefecto, se lo aseguro á usted. Cosas de mayor importancia ha conseguido. Más seguro estaba yo de ser gracias á él Prefecto de policía, que lo estoy de conseguir gracias á ustedes, la plaza de jefe de Seguridad.

— Le compadezco á usted sinceramente, señor Dixmer; — dijo el Prefecto.

Por su parte Sinnamari dijo con rudeza:

— Oiga usted, Dixmer; me parece que está usted perdido...

— Tal es mi opinión; — aseveró Dixmer, lamentable, sacudiendo su cabeza con cara de zorro.

— Está usted perdido como no consigamos apoderarnos de ese rey de guardarropía. Cuanto á nosotros, corremos un ridículo espantoso. Por eso quiero que el público no se entere de la evasión de Desjardies, sino al enterarse de que está detenido de nuevo, así como el rey de las Catacumbas. ¿Ve usted algún medio?

— ¿De qué?

— De ser nombrado jefe de Seguridad.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, M

Hubo un instante de silencio. Luego, como decidiéndose de pronto, dijo Dixmer.

— Un medio de llegar hasta él, directamente, la verdad, no le conozco, sobre todo ahora que ya estoy denunciado... Sin embargo, algo puede hacerse que no dejaría de molestarle.

— Hable usted.

— Esta mañana, después de lo de la evasión, — dijo el polizonte con voz tan baja que los otros apenas le oían, — sorprendí parte de un diálogo entre el Buitre y Pata de gallo...

— ¿Quiénes son esos personajes? preguntaron simultáneamente el Procurador y el Prefecto de policía.

— Dos de sus principales lugartenientes.

— ¿Y qué decían?

— Pues se manifestaban algo extrañados de la formidable tarea de la noche. Añadían que desde que existe la A. C. S. jamás se había intentado nada tan enorme como la evasión de Desjardies.

— ¿Y qué deducción sacaban?

— La de que una intentona de esa clase debía obedecer á algo más que al deseo de salvar á Desjardies.

— ¡Ah, ah! — dijo Sinnamari que empezaba á comprender.

— Añadió el Buitre que él había tenido ocasión de ver varias veces á la hija de Desjardies, y que es en realidad muy hermosa.

— Y á eso contestó el señor Pata de gallo...

— Que no le disgustaría saber á qué atenerse respecto del asunto. Entonces el Buitre le dió unos golpecitos en el hombro, y le dijo textualmente: « Pues yo estoy seguro; me lo ha dicho la Muna. Ella ha comprendido esta noche que Misterio está enamorado de la Desjardies, y nosotros somos unos primos. »

— ¿Qué más? — preguntó Sinnamari muy interesado.

— Eso es todo cuanto pude oir; no quise esperarme más, temiendo ser sorprendido...

— ¿Por quién?

— ¡Vaya usted á saber! Tal vez por el mismo rey de las Catacumbas. La escena ocurría en un tabernucho de la calle Montgallet; y como no es posible ni aun pensar bajo qué aspecto se presentará ese hombre, que á veces es el de un embajador y otras el de un mozo de café...

— ¿De veras?

— Como usted lo oye; y lo peor es que llega cuando menos se le espera.

Alguien llamó en este momento á la puerta del despacho. Era un ujier que preguntó, de parte del conde Téramo Girgenti, si el señor Procurador imperial podía recibirle.

— ¡El conde Téramo Girgenti! — exclamó Sinnamari. — El cielo nos le envía.

Tanto el Prefecto como Dixmer se dispusieron á retirarse.

— No, quédense ustedes, se lo ruego; deseo presentarles al conde.

Éste apareció á la puerta del despacho.

— Bien llegado, señor conde, — dijo Sinnamari saludando, — por más de que su visita coincide con ciertas circunstancias particularmente trágicas...

— Sí, ya sé; acabo de enterarme de que un guardia ha fallecido en su despacho á consecuencia de un ataque apoplético. He visto cómo levantaban el cadáver.

Cerró Sinnamari la puerta por la que entrara el conde, y presentó éste al Prefecto y á Dixmer. Y luego de suplicarle que tomase asiento, pidióle noticias de su gran amigo don Alvaro de Manovar, presidente del congreso español.

— He recibido una larga carta suya, — añadió — en la que relata las extraordinarias aventuras de cierto viaje que hicieron ustedes juntos á Portugal. Parece ser, señor conde, que tiene usted una manera de viajar especialísima, y que el que tiene la suerte de acompañarle se cree transportado al país de las hadas y de los demonios. ¿Sabe usted cómo le llama Manovar? *El conde de las mil y una noches.*

— No está mal; — dijo el conde dignándose sonreir.

— Son tantas las cosas extraordinarias que me ha escrito acerca de usted, que ardía en deseos de conocerle. Mi amigo Filiberto Wat, yerno de nuestro presidente del Consejo, me anunció la llegada de usted á París, y me alegré de ello tanto más, cuanto que, dicho sea con entera libertad, tengo precisión de pedirle á usted un servicio, señor conde : un señalado servicio.

— Pues me ve usted encantado de poder ser de alguna utilidad á un amigo de don Alvaro de Manovar, con quien tengo deudas de gratitud que no he de liquidar mientras yo viva. Puede usted dar desde luego por concedido lo que piensa pedirme...

— Un momento, señor conde; aun no sabe usted de lo que se trata.

— Sea lo que fuere; eso no tiene importancia.

— Quizás sí. Pero usted juzgará. Sepa pues que en estos momentos nos encontramos en guerra, — al decir *nos*, quiero decir la justicia y la policía francesas, — con un bandido de temple extraordinario, que se está burlando de nosotros. Y para que usted me comprenda mejor, voy á confiarle un secreto. Ese hombre, cuyo cadáver ha visto usted sacar hace poco, no ha muerto de muerte natural, como se dice, porque tenemos interés en que así se crea. No, señor; ese hombre ha sido asesinado en mi propio despacho por uno de los afiliados á su banda.

— ¿A la de quién? — preguntó imperturbable Téramo Girgenti.

— A la del rey Misterio. También le llaman el rey de las Catacumbas.

— ¡Ah, vamos! ¡El rey de las Catacumbas! Pues ya sé quién es. Lo conozco; — dijo el conde.

— Sí; Filiberto Wat nos dijo que usted lo conocía en efecto; que había usted estado en tratos con él, y aun añadió, en broma por supuesto, que eran ustedes amigos.

— Eso de amigos, señor Procurador, — interrumpió Téramo, — es mucho decir.

— Ya lo sabía yo.

— En cambio yo ignoro porqué ese guardia ha sido muerto por un acólito del monarca en cuestión.

— Por equivocación, señor conde. Y como está usted iniciado en nuestros secretos, no tengo incon-

veniente en decirle que el golpe iba dirigido á este caballero.

Y Sinnamari señaló á Dixmer, que se inclinó muy pálido.

— Mi enhorabuena por haber escapado ileso, — dijo el conde dirigiéndose á Dixmer. Y luego, volviéndose á Sinnamari, continuó :

— El otro infeliz ha encontrado la muerte donde y cuando menos la esperaba. ¿Quiere usted tener la bondad de poner en conocimiento de su viuda, de sus hijos si los tuviere, en una palabra, de su familia, que pueden contar con una pensión de diez mil francos anuales? Esta misma noche entregaré el capital necesario...

Los tres hombres creían haber oído mal.

— ¡Diez mil francos de renta! — exclamaron á un tiempo.

— ¿Qué tiene eso de particular? Esa renta significa un capital de trescientos mil francos, que para mí es muy poca cosa. Y el rey de las Catacumbas me habrá costado seis millones trescientos mil francos.

— ¿Misterio le debe á usted seis millones? — preguntó Sinnamari intrigadísimo.

— No es precisamente que me los deba. Esa es la suma que pagué por mi rescate cuando fuí prisionero suyo en los subterráneos de la campiña romana. La última vez que ví á ese excelente sujeto, hace de esto pocos días, me preguntó con gran interés por mi salud, y luego de anunciarme que sus negocios en París marchan viento en popa, me aseguró que muy pronto le sería posible reintegrarme mis millones, pues según parece desea ante todo conservar mi estimación. Cuando le pregunté qué clase de negocios tenía en París, me explicó la complicada organización de una sociedad de todo punto sorprendente, que él titula la A. C. S. Y tan bien me ha presentado la cosa, señor Procurador, que no solamente le he dicho que conserve para sus negocios los seis millones que me robó, y que van á producirme según parece un interés del 20 por 100, sino que además le he dado otros seis millones.

Y Téramo añadió :

— Eso es todo lo que hay entre ambos. Como usted ve, estoy en negocios con el rey de las Catacumbas, pero no soy su amigo.

Hubo un momento en que el Prefecto y Sinnamari creyeron que el conde bromeaba; más tarde le miraron sorprendidos sin saber á qué carta quedarse. ¡Era tan desconcertante la actitud del amigo del presidente del Congreso español! El Prefecto se mostró indignado ante ella, y Sinnamari fué prudente. Por último, Téramo aseguró que si hubiese adquirido la convicción de que Misterio le había mentido al asegurarle que todos los negocios en que se ocupaba eran perfectamente lícitos, no vacilaría en entregarle á la justicia, pues no se hallaba dispuesto á tolerar que se burlase nadie de él.

Dicho lo cual, sorbiendo con suprema distinción un polvo de rapé, dejó á los tres hombres intrigadísimos. Sinnamari pretendía que Téramo era algo loco; Dixmer se preguntaba *in petto*, si no acababa de ver una vez más al rey Misterio, por más de que, como pasaba el tiempo viéndolo en todas partes, no admitió como cierta su hipótesis, por el momento al menos.

En el decurso de la conversación el conde había invitado á Sinnamari á la fiesta de inauguración de su palacio, invitación que el Procurador se apresuró á aceptar. Una vez que el conde hubo salido, el Procurador, el Prefecto y el aspirante á Jefe de Seguridad reanudaron su conferencia, para llegar á un acuerdo acerca de la mejor manera de apoderarse de la persona del rey Misterio.

Cuando Sinnamari abandonó por fin el palacio de Justicia eran ya las cuatro de la tarde. Nadie hubiera podido leer en su fisonomía ni aun asomos de preocupación ni de contrariedad.

Una vez en el bulevar, llamó á un cochero.

— Avenida de Jena, 72, y al trote; — dijo.

Luego, al arrellanarse en los cojines, hubiérase podido oirle murmurar:

— Con tal de que Liliana me haya esperado...

El señor Procurador imperial sólo pensaba en aquel momento en su hermosa querida.

XXIII

EL GRAN HOTEL DEL MAPAMUNDI

Serían como las cinco de la mañana de un domingo, pocos días después de los acontecimientos que dejamos relatados.

Dos hombres subían la dura pendiente de la calle de los Molinos, y se encontraban no lejos del sitio en que más tarde hubo de ser construído el llamado Molino de la Galette, en la calle de Lepic.

Uno de aquellos hombres, en quien por su juvenil desenvoltura y su hermosa barba rubia era fácil reconocer á nuestro Benvenuto Cellini, es decir, á nuestro Roberto Pascal, decía á su compañero, un buen mozo de anchas espaldas y de torso prominente, estas palabras.

— Mi querido Profesor, he aquí un sobre y un silbato.

Tomó el querido Profesor el silbato y el sobre que Roberto Pascal le alargaba sonriente, y encorvándose un poco, por efecto de su elevada estatura, preguntó un tanto alarmado: